

Representaciones sociales de la ciudad y la otredad

Social representations of the city and the others

ANA PALACIOS GÁMAZ*

Resumen

Este artículo aborda las particularidades del orden social de contextos multiculturales, desde el estudio de las representaciones sociales de sujetos situados históricamente, que permiten entender la manera en que se configuran las relaciones entre diferentes grupos a lo largo de la constitución de estas localidades; las formas en que se materializan estas relaciones en la estructura espacial, y los significados de los sujetos que orientan sus interacciones sociales. En este sentido,

* Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Chiapas, México. Calle Presidente Obregón s/n, Col. Revolución, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. *E-mail*: avgamaz@hotmail.com.

se analizan las representaciones sociales de dos grupos culturales: extranjeros y coletos auténticos, sobre la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México, y los indígenas establecidos en ésta.

Palabras clave: representaciones sociales, espacio, interacción social.

Abstract

This article approaches the particularities of the social order of multicultural contexts, from the study of the social representations of located subjects historically, that they allow to understand the way in that the relations between different groups throughout the constitution from these localities are formed; the forms in which these relations in the space structure are materialized, and the meaning of the subjects that orient their social interactions. In this sense, the social representations of two cultural groups are analyzed: foreigners and authentic coletos, about the city of San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, Mexico, and the indigenous established in this one.

Key words: social representations, space, social interaction.

Introducción

El concepto de representaciones sociales permite conocer los sistemas de significación de los grupos culturales que se estudian, en especial sobre los otros y el espacio que comparten; de ahí que retomo el concepto de espacio, entendido como relaciones situadas en un territorio específico, ya que las representaciones sociales no pueden

deslindarse de su contexto histórico relacional. Por consiguiente, las representaciones sociales se conciben como sistemas de significados que clasifican, categorizan y nombran personas, objetos y sucesos. Son construcciones sociales porque son configuradas y compartidas por el grupo social de pertenencia, cuya identidad les proporciona valores, códigos e ideologías con que aprehenden e interpretan sus contextos espacio-temporales donde se hallan situados, de tal forma que las representaciones sociales expresan, a través de diversos lenguajes, las relaciones que los individuos y los grupos mantienen con el mundo que les rodea y los otros (Hall 1997; Jodelet y Guerrero 2000; Moscovici 2001).

De esta manera, las representaciones sociales se constituyen, se reproducen y/o se transforman en las prácticas generadas en los procesos de interacción social y en la interrelación del sujeto con los discursos que circulan en el espacio que habita. Los contenidos de las representaciones sociales son elementos cognitivos compuestos de percepciones, opiniones, nociones, creencias y valores (Moscovici 2001; Moliner *et al.* 2004).

Las representaciones sociales permiten comprender las especificidades simbólicas que una colectividad imprime en la construcción de su realidad, sus formas y sus significados. Estos sistemas de significaciones nos posibilitan la comprensión de relaciones sociales que los individuos y los grupos establecen con el mundo que les rodea, y conforman sus realidades.

Aspectos metodológicos

Este artículo está conformado con parte de los resultados de una investigación más amplia que trata el estudio de las representaciones sociales como sistemas de significados y orientadoras potenciales de la interacción social, que pueden contribuir a explicar la configuración de las relaciones sociales entre grupos culturales diversos, que constituyen de manera significativa el orden social de contextos multiculturales como es el caso de la ciudad de San Cristóbal de Las Casas en el estado de Chiapas, México.

Para acceder a una mejor comprensión de la diversidad y complejidad de grupos culturales que viven y comparten el espacio de la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, esta investigación se condujo siguiendo el método cualitativo, enfocándose especialmente en la interpretación de sus representaciones sociales, lo que permite identificar los significados que los sujetos configuran sobre sus propias experiencias, tal como ven los fenómenos sociales, los viven y los construyen (Ruiz 2003), sin soslayar el análisis contextual en que se desarrollan (Vela 2004). En el entendido de que en la investigación cualitativa se busca la profundidad, la calidad de la información que ayude a entender el fenómeno de estudio y a responder las preguntas que guían la investigación (Hernández Sampieri *et al.* 2007), se buscó la participación de informantes calificados de los grupos relevantes a la investigación (en este caso se refiere a los coletos auténticos y

extranjeros). A estos informantes se les hicieron entrevistas y aplicaron cuestionarios. Se realizaron, además, observaciones de espacios estratégicos compartidos por estos grupos culturales y una investigación documental a fin de realizar un análisis histórico que permitiera contextualizar y realizar una interpretación situada socio-históricamente. Asimismo, el análisis de las representaciones sociales de miembros de grupos culturales diferentes en un espacio histórico-multicultural se basó en el enfoque de la hermenéutica profunda de Thompson (1990), el cual se complementó con el enfoque del análisis crítico del discurso.

El contexto: San Cristóbal de Las Casas. Una aproximación a la historia de sus relaciones sociales

Históricamente las ciudades han sido un espacio donde inciden diferentes personas, culturas, flujos de ideas, etcétera, lo cual las constituye, en palabras de Wirth, en “la base más favorable para nuevos híbridos biológicos y culturales” ([1938] 2005: 6). Por consiguiente, la ciudad es concebida como un espacio sociocultural heterogéneo, social e históricamente producida por una red de relaciones, materialización compleja de prácticas sociales en constante cambio, y no exenta de contradicciones, que constituyen quizá “el principal problema de nuestro tiempo” (Bettin 1982: 10); de ahí que la comprensión multidimensional de los procesos socioculturales locales se hace relevante, y una de estas líneas es el estudio de las características de los escenarios

configurados por la tensión/conflicto que se suscita ante las presencias de la otredad tanto antiguas como nuevas. El espacio urbano caracterizado por constantes cambios, incertidumbres, conflictos y contradicciones, remite a considerar al espacio social como espacio simbólico que puede implicar tensiones derivadas de las diferentes percepciones de la realidad social, individual y colectiva, lo cual remite a la presencia de luchas simbólicas por la percepción del mundo social (Bourdieu 1988); en este sentido podemos preguntarnos cómo los sujetos interiorizamos y externalizamos las vivencias del espacio urbano donde vivimos, qué significados se construyen de los espacios disputados por diversos agentes, cómo nos marca el territorio y dejamos nuestra marca en él, cuáles son las representaciones sociales que elaboramos del espacio que habitamos, cómo inciden y guían el uso social de éste y las relaciones que establecemos con los otros sujetos.

Los ordenamientos simbólicos del espacio y el tiempo conforman, de acuerdo a Harvey (2004), un marco para la experiencia por el cual aprendemos quiénes y qué somos en la sociedad. Estas estructuras espaciales, así como las formas temporales, estructuran no sólo la representación del mundo del grupo, sino al grupo como tal, que se ordena a sí mismo a partir de esta representación (Bourdieu 1988). Esto implica, entonces, una relación intrínseca entre la ciudad y el sujeto, quien significa a la ciudad desde los elementos que la erigen, la concibe y se concibe; aprende los referentes para concebirse a sí mismo y a los otros, y en este proceso le da vida, significado a la ciudad.

Si se asume que la ciudad es obra de un proceso histórico (Lefebvre 1978), “un modo de organización de las relaciones sociales que están sujetas a transformaciones continuas” (Bettin 1982: 99), entonces resulta importante delinear las características del desarrollo histórico de los procesos de urbanización regional y las interrelaciones con los procesos globales. La interacción de estos procesos proporciona los particularismos locales, es decir, perfilan las especificidades del orden social de las ciudades materializadas en el espacio; ante lo cual las ciudades se conforman en un “complejo sistema dinámico en el cual las formas espaciales y los procesos sociales se encuentran en continua interacción” (Harvey 1979: 41).

Un acercamiento al proceso de urbanización en México

Partimos entonces de la etapa de expansión de la urbanización que se dio de manera acelerada en Latinoamérica y en particular en México, entre mediados del siglo XIX hasta el siglo XX, como efecto de la modernización, cuya caracterización se refleja en el crecimiento demográfico caótico de la mayoría de sus ciudades, la depredación del medio ambiente y la presencia de amplios grupos de población marginada (Esteinou 1996). Estas sociedades urbanizadas se insertan en complejos y graves problemas, y parte de la crisis de la urbe contemporánea, señala la UNESCO (Miralles 2001), se caracteriza por el derrumbe de las relaciones humanas y de comunicación que en ella se han dado, el debilitamiento de los canales interpersonales, de la fractura, muchas veces violenta, de la relación ciudadano-ciudadano.

Estos contextos regionales y locales, configurados históricamente por específicas relaciones sociales, se insertan también en fenómenos globales con desarrollos complejos, distintos e incluso yuxtapuestos, ya que la globalización implica, de acuerdo a Beck “la intensificación de los espacios, sucesos, problemas, conflictos y biografías transnacionales” (1998: 127). De ahí que el problema central de las interacciones globales, puntualiza Beck, en lo que respecta a los sistemas mundiales asociados con el capitalismo, es la tensión entre el proyecto homogeneizador y la heterogeneidad cultural. Considera que lo local es un aspecto de lo global, de tal manera que lo “glocal” puede representar un mundo fragmentado tanto por conflictos económicos como culturales, o también, nos puede remitir a nuevas y particulares comunidades.

El siglo XX y la etapa actual en que nos desenvolvemos se caracterizan por las aceleradas y constantes transformaciones sociales, territoriales y culturales, donde las ciudades se ven impactadas por la intensificación de los procesos migratorios a nivel mundial. Esto conlleva a que miembros de diferentes grupos sociales se reorganicen en nuevos territorios, reconstruyan sus historias y reconfiguren su identidad. Appadurai (2001) estima que el asunto crucial de los procesos culturales globales, y agregaríamos en interrelación con las particularidades locales, es la lucha extrema entre la identidad y la diferencia. En este sentido, los países latinoamericanos expresan procesos continuos de transformación estrechamente relacionados con movimientos migratorios, procesos de urbanización y la interacción de grupos culturales diferentes, lo que complejiza

la cuestión de la identidad cultural (Chambers 1994), y puede dar lugar a tensiones y conflictos por las representaciones de la otredad y el espacio compartido.

En México uno de los problemas más complejos está constituido por el aumento de la concentración de la población en áreas urbanas, derivado principalmente de flujos regionales, lo que implica entre otros aspectos el carácter pluriétnico de las ciudades, una diversidad cultural que brinda diferentes valores, formas de pensamiento y de organización (Keith 2005). Estas ideas se ejemplifican en algunas ciudades conformadas actualmente por amplios grupos étnicos migrantes, quienes en su mayoría se sitúan en las urbes en desventaja para poder acceder a servicios públicos, infraestructura, empleo, etc., y en algunos casos enfrentan situaciones tensas con las autoridades y población original, que generalmente los representan como sinónimos de usurpadores del territorio y generadores de violencia. Estas representaciones del yo, los otros y el derecho al uso del espacio urbano estructuran universos simbólicos que se materializan en la desigualdad, la exclusión y el estigma, tanto en las interacciones sociales intergrupales como en el territorio.

Para contextualizar lo anterior, cabe señalar que a partir de la década de los 70's, las áreas urbanas en México empezaron a experimentar transformaciones en su dinámica poblacional ante los constantes y cada vez más numerosos flujos de migrantes regionales tanto urbanos como rurales, en los que se hallaba incorporada la población indígena. Este proceso implicó la disminución notable de la concentración de la población en la

metrópoli nacional y el incremento de las tasas de crecimiento poblacional de las regiones periféricas, especialmente de las ciudades medias y pequeñas, cuyas tasas de crecimiento en algunos casos se elevaron incluso por encima de la ciudad de México, ya que se convirtieron en el destino de las corrientes migratorias. Este fenómeno trajo consigo fuertes transformaciones en las estructuras económicas, políticas, sociales, territoriales y culturales de las ciudades (Garza 1998; Palacios 1998; Vargas 1992).

A partir de los años 80's se suscitaron transformaciones trascendentales en la economía mundial, como los reajustes en los grandes capitales y la reorientación de los mercados, de los bienes y servicios, fenómenos derivados de la globalización. De esta manera, el capital internacional ha implementado estrategias para reacondicionar la nueva división del trabajo con la imposición de modelos de desarrollo, lo que ha generado profundos cambios en las ciudades, de tal forma que las contradicciones del capital conllevan a procesos locales particulares, procesos históricos territoriales también constituidos por las experiencias culturales de sus habitantes que configuran el espacio urbano.

En la década de los 80's, México avanzó hacia una economía más abierta a los mercados internacionales en el mediano y largo plazo, lo que impulsó cambios importantes en el sistema nacional de ciudades. El proceso de urbanización vio disminuida notablemente la concentración de la población en la metrópoli nacional y algunas ciudades medias experimentaron un acelerado crecimiento en sus tasas poblacionales; de esta manera, las ciudades

pequeñas y medias se erigen en el destino de las corrientes migratorias. En esta situación, las ciudades medias de México han enfrentado retos que implican crear las condiciones propicias para proporcionar una mejor calidad de vida para sus habitantes, estrechamente relacionada con la disminución de los niveles de desigualdad, marginación y exclusión.

En este contexto, las ciudades conformadas por una diversidad cultural, y caracterizadas por la multiculturalidad¹, expresan un paisaje étnico donde se hallan entrelazadas complejas redes de negociación e interacción culturales, que implican desprendimiento, desplazamiento, apropiación y negación tanto del yo, como del otro (Bóxer 2006; Narváez 2006; Touraine 2006). En estas redes se constituyen mundos imaginarios de miedos, de incertidumbres, de peligros, de riesgos, de nostalgias y de olvidos, pero también mundos concretos de posibles oportunidades, así como de profundas desigualdades económicas, sociales, políticas y culturales.

Estas ciudades se configuran como mapas simbólicos, donde los miembros de diferentes grupos étnicos entran en conflictos internos y externos ante el sistema de representaciones con que representan a los otros, o con que son reconocidos, los cuales intentan superar, fusionar, enfrentar o convivir en diferencia. En estas sociedades conviven en distintas

dimensiones dichas identidades que, en gran parte, innovan continuamente las formas de crear el espacio que viven y habitan, las interacciones sociales y los mecanismos de resistencia y sobrevivencia.

San Cristóbal de Las Casas: urbanización y multiculturalidad

La ciudad de San Cristóbal de Las Casas, situada en el estado de Chiapas, es un caso que nos permitirá abordar el estudio de las representaciones sociales para entender desde la cultura internalizada cómo se configura un tejido de relaciones entre diversos grupos en interacción con el espacio urbano compartido. Esta ciudad se caracteriza por la presencia de diferentes grupos étnicos, que además de presentar procesos particulares de migración regional e internacional, muestran multiplicidad de prácticas socioculturales en el uso, apropiación y concepción del espacio que habitan. Estos grupos diversos que conviven en un mismo espacio urbano, encarnan procesos de distinción y exclusión que derivan de las representaciones de la otredad, de la identidad propia en relación con el espacio y las particularidades de sus procesos históricos.

En este sentido, es primordial plantear las relaciones históricas que han configurado a la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, la cual desde su establecimiento, fue originalmente conformada exclusivamente para una población española (siglo XVI), cuyos barrios poblados eminentemente por etnias distintas y establecidos a su alrededor, sólo fueron utilizados como una estrategia de defensa frente a un inminente ataque indígena de

¹ El término multiculturalidad expresa un fenómeno caracterizado por la coexistencia de múltiples culturas en un espacio, producto de procesos de integración de etnias, minorías nacionales o culturales de diferente tipo, o de migraciones (Kimlicka 1996; Cervantes 2006; De Lucas 2006).

pueblos vecinos. De tal forma que entre la ciudad (El Recinto) y los asentamientos barriales indígenas se configuró una frontera cultural y también física, ya que los indígenas de estos barrios tenían prohibido construir puentes de acceso en los ríos que rodeaban al Recinto. Esta población indígena también fue utilizada como servidumbre y mano de obra para producir lo que los españoles necesitaban para vivir (Aubry 1991; Artigas 1984). Hasta el siglo XIX, todavía, los indígenas no eran considerados parte constitutiva de la ciudad, y persistían las representaciones de los colonizadores, que los consideraban como un elemento ajeno, necesario y peligroso.

La historia colonial de San Cristóbal, derivada de la lógica de gozar y obtener el máximo de privilegios de la conquista, muestra una estratificación social basada en la raza y la clase, donde estas últimas expresaban su distinción de acuerdo a su ascendencia de los primeros conquistadores hasta provenir de los que ostentaron cargos menores. Al decir de Sabines “se fue constituyendo una aristocracia colonial que disfrutaba de títulos nobiliarios e importantes privilegios, mientras la masa colonizadora proveniente de la Península ocupó paulatinamente los cargos burocráticos o, las capas inferiores, el desempeño de oficios, artesanías y el cultivo de tierras” (1984: 42).

Actualmente, San Cristóbal de Las Casas se caracteriza por ser una ciudad con elementos centralizadores en la región Altos del estado de Chiapas, ya que es el eje de las actividades administrativas, políticas, financieras, mercado de productos y trabajo, así como por su capacidad en la cobertura de servicios, infraestructura y equipamiento,

que la refuerzan como un polo de atracción de población de áreas rurales y en particular de indígenas. Los indígenas de esta región cada vez se enfrentan más frecuentemente con la mala calidad del suelo, la concentración de grandes extensiones en pocas manos y la falta de insumos que le permitan aumentar y mejorar su producción (Garza y Paz 1986). Todo esto aunado a la falta de servicios e infraestructura, a la carencia de políticas públicas eficaces que redunden en el mejoramiento de la calidad de vida, así como la falta de oportunidades de empleo, han llevado a la población a una situación de extrema pobreza. Estas condiciones han generado que la migración se torne alternativa de sobrevivencia de la población indígena, tanto a los Estados Unidos, a otros estados del sur-sureste del país como a diversos municipios del estado de Chiapas, en especial a San Cristóbal de Las Casas, donde esta población vende su fuerza de trabajo en las obras públicas, la industria de la construcción, las labores domésticas o se inserta en el comercio ambulante.

Por lo anterior, en las últimas décadas del siglo XX se suscitaron importantes desplazamientos territoriales de población proveniente de municipios aledaños, factor determinante en el crecimiento de San Cristóbal, relacionado directamente con los conflictos políticos, económicos y religiosos de las zonas indígenas de esta región, cuyo punto neurálgico se dio en la década de los 70's y como efecto tuvo la expulsión violenta de aproximadamente 35 mil indígenas de sus comunidades, en particular de San Juan Chamula, aunado a otra expulsión masiva en los 80's. También existe migración proveniente de otros municipios indígenas como Zinacantán, Tenejapa, Chenalhó, Chalchihuitán y Oxchuc, entre

otros. Actualmente esta inmigración a San Cristóbal de Las Casas mantiene un carácter intermitente (Angulo 1994; Palacios 1999).

Como resultado de estos procesos se han conformado grupos de indígenas compactos establecidos en colonias o barrios populares en la periferia de la ciudad, los cuales constituyen un fenómeno estrechamente vinculado con la transformación urbana de la ciudad, con los cambios en su tejido social. Angulo (1994) señala que hasta después de la primera mitad del siglo XX las características de las relaciones sociales y económicas establecidas entre la población originaria de la ciudad y la indígena generaban una barrera que limitaba a estos últimos a radicar en la ciudad, con excepción de aquéllos que prestaban servicios domésticos; sin embargo, los amplios flujos de migración de los 70's cambiaron esta situación.

Es necesario considerar también como elemento significativo dentro de las transformaciones suscitadas en San Cristóbal, su impulso en las últimas dos décadas como lugar turístico, lo que la sitúa en otra dinámica económica y cultural, ya que se convierte en un centro de atracción de migrantes extranjeros, quienes al establecer su residencia en la ciudad participan también significativamente en las transformaciones socio-espaciales. Estos migrantes extranjeros se insertan en diferentes actividades económicas para sobrevivir, entre las que destacan la docencia, investigación y cultura, comercio formal, ministros de culto, profesionistas y técnicos, rentistas, ocupan cargos de confianza, son corresponsales, artistas, estudiantes, refugiados, viven con familiares o son visitantes (INM 2007).

Respecto a los extranjeros que se dedican al comercio formal se puede señalar que la mayoría de éstos tiene establecimientos de alimentos y bebidas, seguido de tiendas de artesanías, posadas, comercio de ropa o zapatos, librerías; asimismo, algunos más elaboran artesanías y las comercializan tanto de manera formal e informal. Cabe mencionar que una parte importante de estos extranjeros ocupa un área significativamente relevante del centro histórico con comercios formales, dinámica que expresa un crecimiento continuo. Algunos extranjeros que elaboran artesanías se caracterizan por ser vendedores prácticamente ambulantes y regularmente se asientan en los atrios de las iglesias de Santo Domingo y Caridad, a la par de indígenas organizados dedicados al comercio ambulante de artesanías de la región, de Centroamérica y de Asia.

Las transformaciones del uso del espacio de San Cristóbal han generado una situación de tensión y conflicto, lo cual está relacionado principalmente con los comerciantes ambulantes indígenas del centro histórico, que ha derivado en enfrentamientos violentos con las autoridades locales, ya que en varias ocasiones han autorizado su desalojo a través de la fuerza pública municipal, pero el número, fuerza y poder de los indígenas organizados se ha impuesto a la política de su desalojo o reubicación. Asimismo, ha habido conflictos entre los comerciantes ambulantes indígenas y extranjeros en este espacio, donde la superioridad de la organización indígena ejerce el control y, en varias ocasiones, no ha permitido el establecimiento de los artesanos extranjeros y también nacionales (Martínez 2001).

Es de suma importancia referir también que el levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en 1994, es el fenómeno contemporáneo que ha impactado trascendentalmente a la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, al generar transformaciones que acentuaron las identidades esencialistas de la población originaria de la ciudad (los coletos). Particularmente las organizaciones indígenas en la ciudad, al representar una presencia viva y poderosa en ésta, crearon una especie de convulsión al interior de los grupos que detentan el poder político y económico en San Cristóbal, que se manifestaron con discursos que recordaban y exigían el antiguo dominio y exclusividad social sobre la ciudad de los descendientes de las antiguas familias españolas que la habían fundado, quienes se autodenominaron coletos auténticos.

Los coletos auténticos conformaron el Frente Ciudadano para la Defensa de la Dignidad Sancristobalense, grupo que salió a la luz pública en marzo del 2004, precisamente en la realización de la Asamblea de Coletos Auténticos, donde se reunieron aproximadamente dos mil personas convocadas por el entonces presidente municipal de San Cristóbal de Las Casas; dentro de las organizaciones que participaron destacan más de 30 consejos de participación y colaboración vecinal, la Cámara de Comercio, el Club Rotario, la Asociación de Hoteleros, Restauranteros y Agencias de Viajes, la barra de abogados, las CTM, CROC, CGT, CNC, entre otras (Reygadas 2006). Los temas de la asamblea referían a la expulsión de la ciudad del Obispo Samuel Ruiz y los sacerdotes extranjeros, así como a las ONGs que

brindaban apoyo a los zapatistas, sacar a los indígenas de San Cristóbal, el establecimiento de más retenes militares, el uso de las armas, protestas contra algunos periodistas, etc. Asimismo, su discurso señalaba el reconocimiento de su descendencia directa de los españoles conquistadores de estas regiones y quienes establecieron esta ciudad, lo cual, consideraban, les legitimaba derechos principalmente de posesión y de habitar la ciudad de San Cristóbal de Las Casas (Castellanos 2005).

Tenemos entonces una realidad social compleja constituida principalmente por: a) la población indígena asentada en un espacio urbano en condiciones adversas en lo cultural, social y económico; b) un grupo relevante de inmigrantes extranjeros en continuo crecimiento, con establecimientos comerciales que cada vez ocupan más espacios en el centro histórico, y c) la población originaria de la ciudad (coletos auténticos) que reclama su legítima posesión de ésta basada en el origen.

Representaciones sociales de coletos auténticos y extranjeros sobre los indígenas y las relaciones sociales que establecen entre sí

Representaciones sociales sobre la otredad indígena

Los extranjeros y los coletos auténticos participantes significan a los indígenas en tres ámbitos: cultural, político y social, y los coletos auténticos agregan el ámbito físico, donde les atribuyen valoraciones negativas al significarlos como feos y apuestos. Las

representaciones sociales expresadas por ambos grupos en torno a las características culturales de los indígenas son eminentemente negativas y estigmatizantes, enmarcadas en una perspectiva desarrollista en el caso de las representaciones de los extranjeros, ya que consideran que los indígenas han elegido no evolucionar, y por tanto, constituyen un grupo incivilizado cuya cultura es atrasada, tosca, bárbara, imperfecta. Asimismo, las representaciones de los coletos auténticos también son negativas totalmente y estigmatizantes. En este sentido, los coletos auténticos suelen denominar a los indígenas de manera general como chamulas, que es el gentilicio de los indígenas nacidos en el municipio de San Juan Chamula en la región Altos de Chiapas, de lo cual no realizan una especificación de los grupos étnicos existentes; todos son homogeneizados bajo la misma categoría como chamulas, además, el uso del diminutivo chamulitas e inditos son expresiones que connotan inferioridad e incapacidad. Esto aunado a representaciones que los significan como salvajes, incivilizados, violentos, peligrosos, difíciles, irracionales, ignorantes, exigentes, rebeldes, oportunistas, flojos, hasta significarlos como seres malignos, expresa cómo los coletos auténticos sitúan a los indígenas en una posición degradada y de inferioridad humana.

Los extranjeros consideran que la identidad indígena es menospreciada y estigmatizada por la sociedad local, lo cual genera en los indígenas una falta de orgullo cultural, el debilitamiento de su identidad tradicional y la desvinculación de sus comunidades. Por su parte, los coletos auténticos reconocen ser racistas al igual que sus generaciones anteriores, lo que ha generado

el rencor de los indígenas hacia ellos. Ahora bien, los coletos consideran que las cosas han cambiado y significan a los indígenas como discriminantes hacia ellos, y atentan contra sus derechos humanos.

Del mismo modo, las representaciones tanto de extranjeros como de coletos auténticos sobre los indígenas en el ámbito político, connotan una valoración negativa y restrictiva, al significarlos como manipulados en sus prácticas políticas e incapaces de desempeñar liderazgos en organizaciones políticas complejas como el EZLN. Esto se enfatiza en la metáfora de los coletos auténticos: “sirvieron como carne de cañón para otros vivales y se dejaron manejar”, que expresa el no reconocimiento de la capacidad de los indígenas de organizarse por sí mismos para la defensa de sus derechos, son manipulables y no tienen la inteligencia para identificar que actúan para beneficio de otros y no del propio. Además, los indígenas son considerados como un “objeto necesario” en la definición de los procesos electorales en San Cristóbal, porque representan un número significativo de sufragios para los políticos locales. Los extranjeros y los coletos auténticos coinciden en sus representaciones al significarlos como un grupo que le identifica la unidad; en particular los coletos auténticos significan como cobardía la acción colectiva que realizan los indígenas para obtener sus requerimientos, lo cual no se atreverían a exigir, señalan, a hacer de manera individual.

Para los coletos auténticos, los indígenas son ajenos, son aparte, no son de casa, y no tienen derechos en la ciudad. No obstante, reconocen que los mismos coletos

son producto del mestizaje entre españoles e indígenas, pero sólo los consideran “parte del contexto”. Los coletos auténticos piensan que los indígenas “no saben vivir en sociedad” y constituyen una amenaza permanente para su seguridad. Los tipifican dicotómicamente en “migrantes refugiados” o delincuentes (traficantes de drogas, de armas, de humanos, de otros productos ilegales, secuestradores, ladrones, etc.): los indígenas que se han establecido en la ciudad son los expulsados de sus comunidades por conflictos religiosos, son los perseguidos por la guerra zapatista de 1994, son los que desean mejorar su “sistema de vida”, por eso son los refugiados en San Cristóbal. También son representados como “lo peor” dentro de dicha sociedad, son traicioneros, no entienden razonamientos, son abusivos, y la única redención para ellos es la educación. Significan la fuente de todos los males en la ciudad: la invadieron, se apropiaron del territorio de los coletos, transformaron el modo de vida tradicional, la imagen urbana y son ecocidas. Los coletos expresan metafóricamente que los indígenas los “están absorbiendo”, y significan su desagrado a la presencia e influencia de población indígena asentada en la ciudad, que consideran, con un dolido conformismo, como avasallante y se sienten desplazados de su propio territorio.

Cabe mencionar, en evocaciones que expresan los coletos sobre los indígenas, algunas metáforas de su discurso como: “En San Cristóbal venían muchos hermanos indígenas de muchas comunidades a vender sus productos...pero a las seis de la tarde no veía usted un indígena en toda la ciudad, se replegaban a sus comunidades”; remiten a interpretar una lucha por el uso

del espacio urbano, donde se representa la exclusión, la marginación por el uso restringido del tiempo y el territorio para que los indígenas permanecieran en la ciudad, ya que aproximadamente hasta la década de los 40's y 50's, los indígenas que entraban en la ciudad sólo tenían permiso de permanecer cierto horario y quien se encontrara después, era encarcelado y forzado a hacer trabajo para la ciudad. La metáfora del repliegue a sus comunidades significa la lucha histórica y continua por parte de los coletos para resguardar la exclusividad de pertenencia de la ciudad, y asegurarse del peligro que ha significado el indígena para éstos.

Para los coletos, los indígenas constituyen un problema, “una carga”, ya que se inconforman cuando no se les puede satisfacer sus necesidades, entonces se vuelven exigentes y la mayoría se dedica a actividades económicas informales. En este sentido, los extranjeros significan a los indígenas como un factor básico de destrucción de la ciudad, ya que la toman como “un centro comercial”, le dan un sentido utilitarista, y “usan” a la ciudad sólo como un lugar donde desarrollan actividades de compra y venta de diversos productos. Asimismo, constituyen el factor negativo para la ciudad, dado que establecen sus colonias anárquicamente por todo el territorio de San Cristóbal, lo “llenan por todos lados”, lo saturan y destruyen el medio natural y la imagen “tranquila” de la ciudad. Para los extranjeros, los indígenas son generadores de conflicto, pero también los consideran un factor positivo para la ciudad, puesto que son el elemento de atracción turística, actividad económica de vital importancia para la captación de ingresos en San Cristóbal.

Representaciones sociales sobre las condiciones de vida de los indígenas

Las condiciones sociales en que se encuentran los indígenas establecidos en la ciudad son representadas de manera similar por los extranjeros y los coletos auténticos participantes, en cuanto a que los consideran una población muy unida, lo cual es referido de igual forma por los indígenas. Sólo los extranjeros consideran unidas a las familias indígenas, en tanto que los coletos y los propios indígenas representan a éstas con relaciones problemáticas entre las generaciones viejas y jóvenes, donde ya se da una división. En su dimensión cultural, tanto los extranjeros como los coletos auténticos participantes creen que la identidad de los indígenas presenta rupturas, y la continuidad de las tradiciones y las costumbres por los jóvenes indígenas se fracciona. Estas representaciones son compartidas por los mismos indígenas.

Respecto a las condiciones económicas con que se representan a los indígenas, los extranjeros y los coletos comparten las mismas creencias, y expresan que éstos se enfrentan a problemas socioeconómicos, pero visualizan condiciones en que podrán superarlas, y actualmente poseen niveles socioeconómicos más altos, a tal grado que hay indígenas con poder económico en la ciudad. Los extranjeros consideran que los indígenas viven en San Cristóbal en condiciones de marginación. Sin embargo, hay extranjeros que no creen que los indígenas estén en condiciones de pobreza, y en una lógica simplista, argumentan que siempre ven a los indígenas trabajando, y si trabajan entonces ganan dinero, y si ganan entonces no

son pobres. En el ámbito político, los coletos opinan que los indígenas realizan una fuerte participación política en la ciudad, y junto con los extranjeros, consideran que ocupan más posiciones políticas en el gobierno local.

Relaciones que establecen los coletos auténticos y extranjeros con los indígenas

Los coletos auténticos participantes categorizan como “simples” las relaciones establecidas con los indígenas, que se reducen a relaciones comerciales en el mercado, o de empleado-patrón en los establecimientos comerciales, o por el servicio doméstico que les prestan los indígenas. Cabe mencionar que en muchas ocasiones esta relación de empleado-patrón es negada totalmente, así como cualquier otro vínculo, porque los coletos argumentan que los indígenas “viven completamente aislados” de ellos.

Asimismo, hay representaciones de coletos auténticos que expresan que no reconocen ningún tipo de relación con los indígenas porque se ocupan de otras cosas más relevantes, y les caracterizan mundos de vida muy diferentes, espacialmente están distanciados, aislados completamente unos de otros. Hay una negación total de interacción y de relación con el otro indígena como sujetos parte de la sociedad de San Cristóbal.

Los extranjeros participantes evocan metafóricamente que hace aproximadamente dos décadas, y hasta la fecha, pero con algunas variantes al interior, en esta ciudad se configuraban claramente tres círculos sociales, a manera de tres mundos constituidos: uno por indígenas, otro

por coletos y otro por los que eran de afuera, entre los que no sólo estaban los extranjeros, sino también población mexicana proveniente de otras partes del país que se establecían en esta ciudad. Estos tres mundos, “tres círculos que se rozaban, pero nunca se integraban uno con otro”, tenían una mera coexistencia paralela.

Los extranjeros participantes expresan que sostenían una pequeña interrelación con los indígenas, la cual era un poco más amplia con los coletos, no obstante, eran mundos cerrados. Opinan que la relación entre el mundo de los coletos y el de los indígenas se caracterizaba por marcadas diferencias situadas entre los que ordenaban y los que obedecían: “Los coletos siempre trataban, ahorita quizá un poco menos algunos, y otros continúan todavía en esa actitud, de tratar al indígena de una forma un poco despreciativo, un poco de prepotencia y de mando, y [los indígenas] eran siempre el cargador, los achichincles, quien llevaba siempre el carbón”.

Los extranjeros consideran que el elemento que establece claramente la diferencia en las relaciones sociales en San Cristóbal y en Chiapas, es la salida a la luz pública del Ejército Zapatista de Liberación Nacional; ésta marca las distancias en estos tres mundos. Actualmente, los extranjeros participantes representan a tales mundos conformados por indígenas, coletos y extranjeros, como divididos tanto por situaciones económicas como por situaciones culturales; en cada mundo, en cada círculo se forman otros círculos que se tocan, se interrelacionan pero de manera más compleja. Ahora bien, señalan los extranjeros, los indígenas, los coletos y los

extranjeros no están solos en su mundo. Pero cuando se refieren a los indígenas, expresan que con ellos la situación que pueda darse y las características de las relaciones que se establezcan son impredecibles, no saben qué pueda suceder en determinado momento. Con los indígenas establecen relaciones laborales de patrón-empleado, las cuales muchas veces son negadas aunque existan.

Representaciones sociales de coletos auténticos y extranjeros sobre el espacio vivido y habitado

Significados del espacio urbano

La intención de este apartado es captar e interpretar la ciudad o ciudades subjetivas de los coletos auténticos y los extranjeros, recreada en sus representaciones sociales y en las interacciones sociales con el espacio que habitan, que viven. También se busca plasmar la ciudad y sus diferentes modos de concebirla, de sufrirla, de gozarla, de usarla, de compartirla, de apropiarla y de construirla, y desde la cual también los miembros de los grupos se recrean y se posicionan, en una red de relaciones situadas en un espacio determinado.

La ciudad es personificada por los extranjeros participantes a través de varias metáforas, como cuando consideran que San Cristóbal es “un lugar todavía humano”, “es una ciudad afectiva y tranquila”; lo cual da sentido a la ciudad en términos humanos al atribuirle estas cualidades. No obstante ser referida la ciudad como el hogar de los extranjeros, a su vez, ésta es representada con metáforas que aluden a la contradicción, a lo singular, a lo infrecuente, extravagante, ya que la representan como un lugar “exótico”, “alegre/

colorido”, “despegado/frío”, “triste/gris”, lo que significa, según señalan, todo lo contrario a su lugar de origen.

La ciudad para los extranjeros participantes tiene el sentido implícito de lo oculto, de lo que resulta atractivo: lo refieren como “un lugar mágico”, un ambiente misterioso que les fascina, un lugar que les parece impenetrable, encubierto. Asimismo, la ciudad es significada positivamente al representarla como la libertad, lugar de oportunidades, esperanza y refugio. Consideran que San Cristóbal está integrada por tres mundos culturales diferentes, que comparten el mismo espacio, coexisten, se rozan, pero nunca se integran uno con otro; estos tres mundos corresponden a los coletos originarios de la ciudad, los indígenas y los fuereños (extranjeros e inmigrantes nacionales).

Los coletos auténticos participantes, por su parte, son bastante explícitos y más complejos en la significación de la ciudad, y aluden a su historia colonial como elemento de distinción y de orgullo, cuya influencia se extiende a gran parte de Centroamérica, y en Chiapas es fundamental porque éste ha sido “un pueblo de fundadores” de otros pueblos y ciudades; del mismo modo, la distingue el haber sido capital del estado en el siglo XIX (de 1824 a 1892). Sin embargo, expresan que el referente que identifica a San Cristóbal durante toda su historia, que le asignó su marca distintiva, es su dependencia al clero católico; su historia religiosa ha marcado la “vida cultural” y “la vida privada” de los coletos auténticos.

Su particular historia y su posición geográfica en el centro de la entidad, así como su clima templado y la altitud en que se halla situada,

configuran la importancia central de la ciudad de San Cristóbal para los coletos, que se expresa en la metáfora que utilizan para referirla: “aquí pasan todos los caminos del mundo”. Así también, los coletos consideran que a esta ciudad la distingue, del resto de las ciudades de la entidad, su modo de vida, que es el modo de vida de los coletos, que constituye un estilo de vida especial: conservador, apegado a sus costumbres y tradiciones, el cuidado del protocolo, de la ceremonia en sus relaciones sociales. En sí, consideran que San Cristóbal es el pueblo coeto, quien además ha aportado a la cultura local, nacional e internacional grandes artistas como músicos y escritores.

Actualmente, San Cristóbal ha cambiado para los coletos auténticos, ya no es más la “cuna de la cultura”, la cual consideran, la han acaparado los fuereños. Ahora, es una ciudad turística, de oportunidades de empleo que ha mejorado el nivel económico de la población. Es una ciudad cosmopolita, multicultural: “donde cada quien tiene su forma de vivir y cada quien lucha por sus intereses”. La afluencia de gente de todas partes, unos de paso y otros que se quedan en la ciudad, ha generado una “mezcla” y ha hecho que la ciudad pierda su originalidad, entendida esta originalidad como la cultura conformada por una población exclusivamente local, coleta. Esta mezcla “pluriétnica”, “pluricultural”, algunos coletos la expresan con la metáfora de los “engranajes”, que significa a la ciudad como una máquina que funciona con engranajes propios constituidos por: “la gente de la localidad”, “la gente de las distintas etnias que viene a la ciudad y que ahora habita en la ciudad”, la “gente del estado... gente nacional y también tenemos extranjeros...”.

Los coletos auténticos expresan sentimientos de impotencia hacia la ciudad porque no pueden intervenir en sus transformaciones, y también de resentimiento hacia ella por sus cambios con que está “pagando el precio de ese progreso”, el cual, consideran, es un camino que no tiene retroceso. San Cristóbal para los coletos auténticos es representada como su “valuarte”. La ciudad es personificada como un organismo vivo a la cual los coletos están intrínsecamente adheridos, viven sobre ella, pero a la vez forma parte de cada uno de ellos: “Me siento integrado totalmente a sus problemas, aunque camino en la piel de la ciudad todos los días, la siento, la vivo, está en mí”. Para los coletos, San Cristóbal significa su casa, su hogar, su alimento, y expresan con nostalgia y tristeza: “A veces no tengo más techo que el cielo de esta ciudad, ni más pan que la sangre de esta ciudad”.

Los coletos auténticos participantes representan a la ciudad a través de metáforas que la personifican como un ser vivo femenino, porque la ciudad es el elemento de vida para ellos, es su origen, es la madre de la cual deriva y depende la propia existencia de los coletos auténticos: “Mi biografía creo que es parte de la biografía de la ciudad. Es parte mía... Me aferro desesperadamente a la vida de la ciudad, y la vivo, y me duele cuando la humillan y la ultrajan... Me duele... cuando la están horadando, cuando la están escarbando, es la voz de la sangre, la voz de la tierra”.

Para los coletos participantes, el acontecimiento trascendental que transformó el desarrollo de su vida cotidiana fue el levantamiento armado zapatista, que dejó a la ciudad dividida, desconfiada, “humillada totalmente”

y “en el ojo del huracán”, metáfora que alude a la personificación de la ciudad, la cual queda abatida y situada en el núcleo de un fenómeno sociopolítico avasallador concebido en términos de desastre natural que deja a su paso todo en completa destrucción. San Cristóbal es una ciudad “en guerra”, invadida por la incertidumbre de un conflicto armado que no ha terminado de resolverse. San Cristóbal es su “casa”, la cual, consideran, dieron “prestada” a los indígenas y éstos se la arrebataron, la tomaron por asalto, y se “han quedado con ese territorio”.

Los coletos participantes expresan en sus representaciones que la situación de la ciudad cambió a partir de 1994, surgieron nuevos problemas como “narcotráfico, tráfico de armas y de indocumentados”, proliferación de sectas religiosas, a lo que se suma el rápido crecimiento urbano, por lo que ahora estas condiciones graves equiparan a San Cristóbal como “una bomba de tiempo”. Les duele la imagen urbana de la ciudad, se sienten lastimados, dolidos del “golpe” que implica el establecimiento de los indígenas en San Cristóbal, ya que los consideran causantes del deterioro de la imagen urbana por la construcción de colonias sin ninguna regulación, sin cuidado de sus características arquitectónicas, y porque las pandillas conformadas por grupos de jóvenes indígenas pintan con grafitis las fachadas de las casas de los coletos. La ciudad para ellos encarna una personalidad humana que todos los días es ultrajada, lastimada hasta morir, para luego resucitar aferrada a un resquicio de vida, esplendorosa nuevamente, que es lo que les genera sentimientos encontrados de frustración, de resentimiento y de amor a ella. No obstante ser una ciudad

representada por los coletos participantes como en guerra, invadida, amenazada, ultrajada: “la capital del infierno”, ésta ha desarrollado cierta tranquilidad.

Representaciones sociales que significan la influencia de los indígenas en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas

Las representaciones de los extranjeros participantes refieren que los indígenas inciden en la ciudad de forma negativa en los ámbitos social, político, espacial y ecológico, por cuanto, por un lado, con su presencia han generado el crecimiento poblacional de la ciudad, su aglomeración, el desarrollo anárquico de la mancha urbana, conflictos sociales y el deterioro agudo del medio ambiente; en tanto, por otro lado, en el ámbito económico los indígenas inciden positivamente ya que son un factor de atracción turística y eso deja ingresos, e históricamente han sido la base del enriquecimiento de las familias coletas auténticas.

Respecto a los coletos auténticos participantes, éstos representan de manera totalmente negativa la influencia de los indígenas en la ciudad, quienes inciden en los ámbitos social, político, económico, cultural, espacial y ecológico. Para los coletos, los indígenas han trastornado su modo de vida tradicional, han generado cambios negativos en el desarrollo de la ciudad: servicios públicos, infraestructura, relaciones sociales, inseguridad, economía. “La imagen de la ciudad es lo que duele”, esta expresión metafórica significa a los coletos lastimados, dolidos del “golpe” que implica para ellos el establecimiento de los indígenas en San Cristóbal, ya que los consideran causantes del deterioro de la imagen urbana

por la construcción de colonias sin ninguna regulación, sin cuidado de sus características arquitectónicas, y porque las pandillas conformadas por grupos de jóvenes indígenas pintan con grafitis las fachadas de las casas de los coletos. Los indígenas expresan poder en el comercio de productos alimenticios, y en el control de los espacios de comercio en los mercados públicos de la ciudad; además, definen las cuestiones políticas por el número de votos que representan y son etiquetados como “electores mercenarios”; tienen fuerte presencia en las instituciones educativas, y en el ámbito ecológico son los causantes de la deforestación y sus implicaciones negativas en el medio, así como de la contaminación de los ríos de la ciudad. Asimismo, los indígenas son representados por los coletos como delincuentes peligrosos, y uno de los problemas de los coletos refiere la mala influencia que puedan ejercer los indígenas en las generaciones de jóvenes coletos, representan esta influencia con la metáfora de la aguja hipodérmica, la cual introduce la perdición en los jóvenes de esta ciudad: “De lo que tienen miedo [los coletos] es que a sus hijos no les vayan a echar malas ideas... que no te vayan a inyectar ellos algo malo”.

Escenarios urbanos simbólicos que expresan las representaciones sociales de extranjeros, coletos auténticos e indígenas

Los coletos auténticos configuran en sus representaciones sociales a la zona Norte de la ciudad como una región cultural propia de los indígenas, quienes “establecieron un territorio propio” en la búsqueda del vínculo más cercano con sus comunidades de origen. Algunos coletos expresan que prefieren perder

este “pedazo de territorio” que aceptarlo como parte de la ciudad. Significan a esta región como: la más peligrosa para habitar, la más conflictiva, “la zona más agresiva”, “más injusta”, “un peligro social”, la zona “más insegura”, es la “ciudad” aparte donde “no les gustaría vivir” a los coletos, una región ajena, una amenaza, una región que preocupa y entristece a los coletos, un laberinto de calles y colonias, es una región donde habita “la delincuencia”.

Asimismo, la colonia La Hormiga, ubicada en la zona norte, es referida por los coletos auténticos participantes como la que representa a este escenario urbano simbólico, el emblema de la zona norte, al que se le atribuyen los estereotipos más negativos al considerarla la colonia más peligrosa por la venta de drogas que ahí se realiza. Estas representaciones también son compartidas por los extranjeros participantes, y para ellos se erige como el escenario urbano simbólico al cual le adjudican los significados más negativos, estigmatizado como el más peligroso para habitar y para transitar, la zona más conflictiva y desagradable de la ciudad; es un lugar de mafiosos y narcotraficantes, concentradora de intereses en conflicto; asentamiento caótico, anárquico, donde circula el tráfico desordenado. Los extranjeros y los coletos auténticos significan a la periferia de la ciudad como la más insegura para habitar y transitar.

El Centro de la ciudad, ubicado en el centro histórico de San Cristóbal, es el escenario urbano simbólico representado con los mejores estereotipos, tanto por los extranjeros como por los coletos auténticos participantes, es el espacio más seguro para habitar y para transitar por la seguridad que

le proporciona la vigilancia policiaca, así como la afluencia de gente que ahí se da; es significado como uno de los espacios más agradable y más recorrido. El Centro para los coletos auténticos participantes es un espacio bien situado, el mejor iluminado, más vigilado, seguro, tranquilo, precioso, es un lugar donde se puede vivir, es el lugar de los amigos y del encuentro.

Otro de los escenarios urbanos simbólicos valorados positivamente por los coletos auténticos participantes está conformado por los barrios donde habitan, los cuales se hallan situados en el centro histórico de la ciudad. Éstos son significados como los lugares preferidos, los más hermosos, los sitios de reencuentro con ellos mismos, que les han dado “sueños para caminar por el mundo”, los lugares queridos porque ahí nacieron y fueron elegidos por sus padres.

A manera de conclusiones

Las representaciones sociales se constituyen en un fenómeno relevante para el conocimiento de los universos simbólicos de grupos culturales diversos, que constituyen de manera significativa el orden social en espacios multiculturales, al proporcionarnos marcos de clasificación para interpretar las realidades colectivas delimitadas por relaciones de poder derivadas de sus sistemas de significación estigmatizantes, excluyentes, que configuran geografías demarcadas por fronteras culturales. En este sentido, las representaciones sociales quedan constituidas como dispositivos de poder y de intervención social.

El espacio urbano se caracteriza por ser una construcción histórica y política (Wacquant 2007), una trama de escenarios interrelacionados, constituidos a través de complejos y particulares procesos históricos, como este caso de investigación situado en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas fundada en el siglo XVI por los conquistadores españoles. Es relevante destacar que desde su origen esta ciudad se conformó sobre un basamento caracterizado por las diferencias culturales, la exclusión y el riesgo: las diferencias culturales que generaban una distinción y una separación entre los españoles del Recinto, de la ciudad, y los indígenas de los barrios que le rodeaban; y entre los mismos indígenas de cada barrio pertenecientes a etnias diferentes, quedando demarcada la ciudad con fronteras tanto espaciales como culturales.

Considero las diferencias como construcciones sociales, atravesadas por relaciones de fuerza, de poder, las cuales se hallan situadas en contextos específicos, y como refiere Ortiz “las diferencias son jerarquizadas según las relaciones de fuerzas que determinan los intereses de los grupos sociales unos frente a otros” (2004: 201). Por consiguiente, desde la conformación de San Cristóbal, el poder de los grupos se materializó en la estructuración del espacio urbano. Asimismo, el orden social de la ciudad, constituido por las relaciones sociales entre los grupos que la conformaban, se caracterizó por la explotación y una estratificación social basada en la raza y la clase; en tanto que la Iglesia desempeñó un papel fundamental en la Colonia, al regir las normas morales que permeaban las relaciones sociales, así como la dirección de la educación y las artes.

San Cristóbal de Las Casas, antigua Ciudad Real, se conformó exclusivamente para una población española y durante cientos de años la población indígena no fue considerada parte constitutiva de la ciudad, sino como elemento diferente, ajeno, peligroso pero necesario. En esta lógica, la diferencia cultural entre los conquistadores y los indígenas sometidos, se tradujo en términos de superioridad e inferioridad, y la actitud de los colonizadores descansó en la manera en que representaron a los colonizados: una alteridad a la que se le negó la “existencia de una sustancia humana” (Todorov 2007: 50), de tal forma que la pertenencia étnica se constituyó en un referente importante de identificación y diferenciación; una diferencia que degradó en desigualdades abismales en todas las dimensiones de la vida social (Valenzuela 1999).

Así, Ciudad Real se simbolizó como asiento del poder en la conquista de la región durante el siglo XVI; en el siglo XVII se erigió como refugio principalmente de la población indígena flagelada y diezmada por el sistema colonial y las enfermedades; también de negros y mulatos, así como de criollos y mestizos provenientes de la Antigua Guatemala por el terremoto que causó gran destrucción. Durante el siglo XVIII la población del Recinto aún se resguardaba de los barrios en sus fronteras territoriales, con horarios y delimitaciones espaciales bien marcadas, y en ocasiones se castigó con pena de muerte a los que transgredían estas disposiciones, que delimitaban a la ciudad del resto de los asentamientos que le rodeaban.

Este orden social se trastornó en el siglo XIX, ya que con la implementación de las leyes

de Reforma, la Iglesia perdió gran parte del control de la sociedad de San Cristóbal; asimismo, la ciudad implicada en contiendas armadas entre liberales y conservadores, enfrentada a la pérdida de la sede de los poderes del Estado, a las sublevaciones indígenas, la crítica situación económica que enfrentaba, entre otros aspectos, modificó el modo de vida de la sociedad de esta ciudad. Un rasgo central en este período refiere las relaciones establecidas entre los coletos y los indígenas de San Cristóbal, caracterizadas por la polarización de la distinción, la diferencia cultural marcada entre coletos e indígenas se materializó en el uso del espacio de la ciudad de San Cristóbal y en la configuración más densa de la representación del Otro indígena como violento, peligroso, salvaje, diferente, ajeno. Estas relaciones entre los dos grupos, y a su vez en relación con el uso y significación del espacio, perduró hasta después de la primera mitad del siglo XX.

A mediados del siglo XX factores externos tales como las políticas federales indigenistas y educativas, así como flujos de inmigrantes intrarregionales y nacionales, trastocaron las relaciones sociales establecidas en San Cristóbal y generaron en la población originaria, los coletos, la percepción del riesgo ante la gradual pérdida de privilegios y riquezas, y el “acecho” que sentían por parte de la población indígena ante los cambios en el ejercicio de los derechos ciudadanos, que gradualmente y a través de luchas históricas los indígenas iban logrando.

En las siguientes décadas, la ciudad absorbió densos y continuos desplazamientos de población indígena de las comunidades aledañas, lo que generó un acelerado

crecimiento urbano que en cinco décadas (de 1940 a 1990) registró un aumento en la tasa global de casi 600%, lo que implicó el incremento de la densidad poblacional y el establecimiento de colonias indígenas “compactas” en los espacios de la periferia de la ciudad. Además de otros tipos de población inmigrante a San Cristóbal de Las Casas, el caso del grupo de extranjeros ha sido muy significativo en la ciudad, especialmente su incidencia en la ocupación de los espacios comerciales más importantes del Centro Histórico y su impacto en el encarecimiento y especulación del costo del espacio urbano y de las viviendas.

Principalmente, el establecimiento de los asentamientos indígenas en la periferia de la ciudad, y de manera muy especial el movimiento armado zapatista de 1994, modificó las interacciones y el tejido de relaciones sociales en San Cristóbal de Las Casas. Los coletos, especialmente los coletos auténticos, ante una presencia indígena cada vez más beligerante, enfrentaron nuevamente el despertar del temor, tanto de los cambios en las relaciones de poder, como del “resentimiento” histórico materializado en la venganza de los indígenas.

Los indígenas son definidos por los coletos auténticos y los extranjeros con valoraciones principalmente negativas, estigmatizantes, discriminantes y restrictivas; las diferencias son enmarcadas en aspectos culturales y físicos, y como señala Todorov “el postulado de la diferencia lleva fácilmente consigo el sentimiento de superioridad” (2007: 70). Las representaciones de los extranjeros participantes, con que caracterizan a los indígenas, sitúan a los extranjeros en posiciones desarrollistas, que implican perspectivas

asimilacionistas y de aculturación. Estas posturas, tal como lo argumenta Valenzuela, consideran “que los grupos, razas, pueblos o naciones menos desarrolladas deberían sucumbir frente a las vigorosas sociedades y culturas dominantes” (1999: 124), y así sucede en este caso en que los extranjeros conciben a los indígenas como una cultura atrasada, no evolucionada a estadios superiores porque no han querido. En este sentido, los participantes extranjeros representan una alteridad, personificada en el indígena, en términos de inferioridad que legitima la desigualdad, la marginación de la diferencia en la estructura social, dejando la responsabilidad de sus condiciones de exclusión y pobreza a los mismos indígenas. Asimismo, derivado del racismo local sufrido por los indígenas, éstos son definidos como un grupo que no expresa orgullo por su identidad cultural, la cual van diluyendo gradualmente.

Por su parte, las representaciones sociales con que los coletos auténticos participantes designan a los indígenas son estigmatizantes y se sitúan en posiciones de determinismo biológico, ya que proporcionan significados a los indígenas que los definen de manera esencialista, como particularidades innatas a la “raza” indígena; en este sentido, los indígenas son referidos con valoraciones negativas de inferioridad, incapacidad, violencia, irracionalidad y malignidad, son, entre otras, una amenaza. Esta postura racista expresada y asumida por los coletos auténticos participantes incide en la “conformación de procesos estructurantes y estructuradores de una división sociocultural de oportunidades” (Valenzuela 1999: 122); la cual es admitida por los coletos auténticos ya que los indígenas han sido una sociedad discriminada por

ellos generacionalmente, utilizados para sus intereses políticos, antaño explotados por “las atajadoras” que les arrebataban sus productos en los puentes de entrada a la ciudad, y les pagaban lo que querían por ellos; “replegados” a sus comunidades porque no tenían derecho a pernoctar en la ciudad después de las seis de la tarde, a menos que alguien caritativo los dejara dormir en los corredores de sus casas; tratados como “animales”, como “esclavos”, “explotados a morir”, lo que ha generado históricamente el resentimiento de los indígenas, y ahora ellos son los discriminadores hacia los coletos.

Los indígenas son caracterizados como incapaces y manipulados en la dimensión política, hasta considerarlos objetos políticos necesarios en momentos electorales, visión derivada de la unión que les caracteriza como fortaleza grupal. Estas representaciones poseen significaciones deslegitimadoras de la lucha social de los indígenas, para quienes su actividad política es representada de manera contraria, ya que ésta tiene una significación relevante donde la unidad y la participación colectiva indígena es, y ha sido, fundamental para el fortalecimiento de su organización y el logro de la superación de gran parte de sus problemas, la manera de hacerse visibles, ser escuchados y atendidos en lo que les aqueja.

Las representaciones sociales de los coletos auténticos participantes permiten interpretar que los indígenas son relacionados con la alteridad, al designarlos diferentes y ajenos a ellos y, por consiguiente, a la ciudad, lo que para los coletos implica el no reconocerles derechos en ella. Clasifican a los indígenas dicotómicamente en refugiados o delincuentes, “lo peor” de San Cristóbal

ya que simbolizan el crimen organizado en la ciudad, una carga urbana y un grave problema social, político, económico y cultural. Al señalar que sólo la educación los puede “redimir”, los coletos auténticos se sitúan en una perspectiva asimilacionista. Los coletos perciben transformaciones sociales en los indígenas, principalmente en el grupo de jóvenes, quienes consideran están integrándose fuertemente en los sistemas de educación formal, y se expresa una asimilación, un proceso de “civilización”, lo que genera una integración más rápida en la cultura urbana, y señalan también una postura más abierta de los jóvenes coletos en aceptar a los indígenas.

La interpretación de las representaciones sociales de extranjeros y coletos auténticos sobre la dimensión cultural los indígenas refiere a estos últimos con una identidad fracturada con visos de transformaciones profundas, ya que sus nuevas generaciones no continúan con las prácticas tradicionales. Asimismo, tanto para extranjeros como para los coletos auténticos, los indígenas gradualmente han ido adquiriendo poder político y económico; y para los extranjeros, los indígenas expresan una falsa condición de pobreza. Las representaciones sociales referidas por miembros de los grupos culturales de coletos auténticos y extranjeros sobre sus significados e interacción con la otredad, expresan una jerarquización de las diferencias culturales que connota la deslegitimación del derecho a la ciudad por la pertenencia cultural.

Respecto a las representaciones sociales de coletos auténticos y de extranjeros que tienen del uso del espacio urbano, los participantes

adjudican un significado humano a la ciudad, e incluso mágico, que es el atractivo de ésta. Especialmente para los coletos auténticos, la identidad y referente de orgullo de la ciudad es su historia del origen colonial y de apego al clero católico, elemento último al que los coletos auténticos siguen recurriendo para mantener la cohesión del grupo, en particular su participación en las organizaciones religiosas barriales. Este elemento de cohesión deriva de la historia de las prácticas socioculturales generacionales de los coletos y se continúa en el presente.

Las expresiones de los coletos auténticos participantes indican representaciones sociales en las que los coletos conciben la ciudad integrada en ellos, de lo que se puede interpretar la configuración de una relación esencial entre su propio ser y la ciudad, aferrándose a ella de manera desesperada y triste, ya que sufren al sentirla ofendida hasta su doblegación, porque la ciudad es el elemento de vida para ellos. Asimismo, los coletos auténticos participantes definen la ciudad invadida, humillada y casi destruida por las migraciones indígenas y el movimiento armado zapatista, que ha transformado irreversiblemente el modo de vida tradicional, y hasta la fecha es una ciudad en amenaza de guerra. Por lo mismo, es definida metafóricamente como “la capital del infierno”, y no obstante indican, ha desarrollado una calma resignada, cierta tranquilidad en medio de un conflicto social, político y cultural que ha trastocado los cimientos del mundo de vida de los coletos, situación que ha generado una sensación de agonía permanente, de temor, de resignación y de incertidumbre hacia el futuro. Ahora bien,

para los coletos auténticos participantes, San Cristóbal ha perdido significativamente su originalidad cultural, su autenticidad, por las diversas inmigraciones, lo que la hace una ciudad multicultural, caracterizada por variados modos de vida y su individualidad.

En tanto para los extranjeros participantes, la ciudad de San Cristóbal se significa como el lugar de oportunidades, de seguridad y de libertad. En cuanto a los problemas económicos, los extranjeros no los consideran como lo hacen los coletos auténticos, éstos son la pobreza, la falta de empleo y el comercio ambulante. Los participantes de los tres grupos culturales coinciden en la existencia de problemas relacionados con la urbanización de la ciudad que, en conjunto, son el alto crecimiento poblacional, el crecimiento de la mancha urbana sin planeación y la afectación de la imagen urbana, el encarecimiento del suelo urbano y la vivienda, así como la escasez y el coste de los servicios urbanos. De la misma forma, coinciden en la existencia de fuertes problemas con el medio ambiente. Por su parte, los coletos auténticos participantes son los únicos que refieren problemas culturales en la ciudad, y en particular, con la sociedad originaria, como son los cambios en las costumbres; por consiguiente, los coletos auténticos experimentan la transición de una sociedad tradicional a una sociedad cosmopolita que implica una base local en interacción con una base regional y global, lo cual brinda diversidad de flujos de culturas, de pensamientos, de valores, de formas de organización social y del espacio (Keith 2005). En tanto que los extranjeros participantes expresan una postura de consumo del espacio urbano en una lógica utilitarista, sin arraigo ni interés en los problemas de la ciudad.

Con relación a la configuración de escenarios simbólicos derivados del uso del espacio urbano en San Cristóbal de Las Casas, las representaciones sociales expresadas por los participantes del grupo de coletos auténticos significan a la zona norte como el escenario urbano simbólico que configura la región sociocultural² propia de la población indígena, a la cual le son adjudicados los estereotipos más negativos de todas las zonas de la ciudad: simboliza el peligro, el conflicto, la inseguridad, la delincuencia, la violencia y la amenaza. Así también, el emblema de esta región sociocultural se materializa en la colonia La Hormiga; tanto los participantes extranjeros como coletos auténticos la simbolizan como el lugar más peligroso para habitar, para transitar, el lugar más conflictivo, anárquico y caótico de la ciudad.

El caso contrario se materializa en el Centro de la ciudad, representado por los participantes de los tres grupos culturales como el escenario simbólico más seguro, más agradable y emblemático de San Cristóbal de Las Casas. En este sentido, se puede interpretar que el Centro se manifiesta resistente y transformado por el tejido urbano y continúa siendo el núcleo de la vida urbana. Núcleo cuyas cualidades estéticas e históricas inciden notablemente en el mantenimiento de esta característica, lo cual proyecta al Centro, en términos de Lefebvre, como “producto de consumo de alta calidad” y “consumo de lugar” (1978: 27). De ahí que el Centro se reafirme como

² Giménez (1999), desde su concepción de la realidad social entendida como producto de relaciones complejas generadas entre los elementos interrelacionados de la realidad material y la realidad simbólica, plantea al territorio como una región sociocultural, entendida ésta como espacio geosimbólico cargado de afectividad y de significados.

un foco de poder, símbolo de las fuerzas que luchan y se disputan su uso y control.

Los indígenas son referidos por los coletos auténticos y por los extranjeros como el elemento negativo más implicado en la destrucción de la ciudad: causantes de la sobrepoblación que afecta la eficiencia de los servicios públicos y la seguridad de la ciudad, generadores de los cambios en el modo de vida de los coletos, acaparadores del comercio ambulante, instigadores de los conflictos políticos y responsables del incremento de la pobreza en la ciudad y del deterioro del medio ambiente. Estas representaciones sociales de la violencia, la delincuencia y el desorden en la ciudad están estrechamente relacionados con una ideología racista vinculada con cuestiones de etnicidad e inmigración. El término raza que se menciona, de acuerdo a Wacquant, refiere a un “caso particular de la etnicidad (se cree y se asume como fundada sobre la herencia biológica), es decir, un principio históricamente construido de clasificación social” (2007: 31). No obstante, para los extranjeros participantes, los indígenas también son necesarios porque constituyen el factor de atractivo turístico de San Cristóbal, de lo cual deriva principalmente el ingreso económico de extranjeros y coletos auténticos.

De ahí que no podamos señalar que los indígenas de San Cristóbal de Las Casas, en las condiciones en que se asientan actualmente en esta ciudad caracterizada por la diferencia cultural y generadora de tensión y conflictos, gocen de un reconocimiento pleno como miembros de una sociedad, y el ejercicio pleno de los derechos implicados. De esta forma, la ciudadanía que han forjado a través de prácticas y formas de organización

particulares, constituyen un proceso de lucha colectiva en continua renovación por la defensa del derecho a mejorar su calidad de vida. De esta manera, en cuanto a la cuestión de cómo caracterizan el orden social de San Cristóbal de Las Casas, las representaciones sociales de coletos auténticos generan una situación de posibilidades muy endeble en la configuración de relaciones abiertas, menos desiguales, de respeto e integración de las diferencias culturales.

Las representaciones de ser una sociedad amenazada de guerra inciden en la generación de tensiones sociales, especialmente entre los indígenas y las autoridades municipales pertenecientes a grupos mestizos con poder. Dichas tensiones se producen por la exigencia de atención a la solución de planteamientos relacionados con el mejoramiento de su calidad de vida, logros que, a su vez, obedecen a momentos políticos coyunturales donde pueden ejercer poder en la tendencia a definir los triunfos de los procesos electorales. Asimismo, las representaciones sociales de los coletos auténticos que expresan los agravios y violencia sufrida por parte de indígenas, así como el reconocimiento de algunos hechos por parte de los participantes indígenas, remiten a un medio donde aún se percibe el temor, el resentimiento, la amenaza. Estos aspectos implican condiciones frágiles para sentar bases conducentes al logro de una ciudad con menos desigualdades económicas, sociales y culturales.

Es importante señalar que las fracturas al interior de las familias de coletos auténticos e indígenas, en especial la continuidad de las prácticas culturales tradicionales por los jóvenes, abren las puertas a transformaciones

profundas en la constitución de estos grupos. También provocan posibilidades de incidir con políticas culturales participativas e incluyentes en la conformación de relaciones sociales más abiertas, tolerantes y menos excluyentes en San Cristóbal de Las Casas.

Podemos interpretar las relaciones sociales intergrupales si consideramos que las representaciones sociales orientan las interacciones entre los miembros de estos grupos culturales, las cuales constituyen el tejido de las relaciones sociales que configuran significativamente el orden social de la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, que deriva, finalmente, de las significaciones que miembros de los grupos de coletos auténticos y extranjeros expresan sobre los indígenas y sus modos de relacionarse. De esta manera, un aspecto relevante del orden social de la ciudad de San Cristóbal de Las Casas se configura significativamente como un espacio de relaciones sociales superficiales o completamente negadas con los otros, donde estos tres grupos culturales conforman metafóricamente tres mundos de vida paralelos, que se rozan y se distancian, pero que nunca se han integrado, donde permea la desconfianza, el peligro, la amenaza y el oportunismo. El indígena estigmatizado, como antaño, de irracional, ajeno, destructor, peligroso pero ya no tan necesario, remite a una situación de endurecimiento de fronteras culturales, de visiones del mundo intolerantes o de posturas utilitaristas del espacio.

Estos grupos culturales diversos tienden a encerrarse en sí mismos, exigiendo o ejerciendo una “soberanía territorial” generada por sus capacidades de organización, con base en su origen histórico o en la reparación

de agravios históricos. Esto conduciría a la búsqueda de la segregación, la intolerancia e inadmisibilidad de la interacción, y la permeabilidad del grupo.

Las representaciones sociales sobre los significados y el uso del espacio urbano expresan la estigmatización negativa territorial de la zona norte, espacio geosimbólico eminentemente indígena, caracterizado por una fuerte densidad organizacional y un universo étnico altamente homogéneo, lo cual afecta las relaciones interpersonales entre los coletos auténticos y extranjeros, con los indígenas que habitan este espacio. En palabras de Wacquant diríamos que se da una “degradación simbólica” (2007: 47) de esta zona, considerada como concentradora de todos los males urbanos, la cual es evitada por los coletos auténticos e ignorada por los extranjeros. Asimismo, la estigmatización territorial genera según este autor “estrategias sociófugas”, donde coletos auténticos y extranjeros manifiestan un distanciamiento con los indígenas y declaran sostener relaciones superficiales, si en caso se dan, lo que enriquece procesos de división social.

De esta manera, las relaciones históricas de diferencias culturales que legitimaron la subordinación de un grupo sobre otro, las transformaciones políticas que trastocan este orden social, el incremento demográfico en esta ciudad -que no fue planeada para contener este crecimiento poblacional-, y la presencia de grupos culturales diversos y con poder económico, deviene en presión sobre el uso y la apropiación del suelo urbano, así como en la exigencia de derechos sociales, políticos y económicos. Así también las representaciones sociales del grupo

cultural de pertenencia y de los otros grupos culturales están generando una competencia por el espacio, que deriva frecuentemente en la agudización de confrontaciones entre diferentes grupos culturales y la legitimación de quién posee el derecho de habitar la ciudad junto con las posiciones sociales que se disputan en este espacio multicultural, lo cual produce una estigmatización de la pertenencia cultural y del espacio habitado.

Podemos señalar la conformación de espacios doblemente segregados, tanto por los grupos étnicos mayoritarios con relación a los minoritarios, así como la segregación generada como autoprotección

de los mismos grupos. Esto les ha permitido la generación de una red de solidaridad, de autodefensa, de reafirmación de referentes identitarios característicos de sus especificidades culturales y el empoderamiento de las organizaciones sociales indígenas en la perspectiva de aumentar el poder político y social de los excluidos, para presionar a las autoridades gubernamentales a fin de lograr la atención de sus principales demandas urbanas. No obstante la existencia de estos elementos de segregación, el fondo del problema es la situación de desigualdad social, económica, política y cultural generada por las diferencias culturales con trayectoria histórica de estos espacios urbanos.

Bibliografía

- Angulo, J. 1994. "Población y migraciones campesino-indígenas de Los Altos de Chiapas". *Anuario del Instituto de Estudios Indígenas de la Universidad Autónoma de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Universidad Autónoma de Chiapas. 177-188.
- Appadurai, A. 2001. *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- Artigas, J. 1984. *San Cristóbal de Las Casas. Esbozo de su arquitectura*. México: Gobierno del Estado de Chiapas.
- Aubry, A. 1991. *San Cristóbal de Las Casas. Su historia urbana, demográfica y monumental. 1528-1990*. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México: INAREMAC.
- Beck, U. 1998. *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós.
- Bettin, G. 1982. *Los sociólogos de la ciudad*. España: Editorial Gustavo Gili.
- Bourdieu, P. 1988. "Espacio social y poder simbólico". *Cosas Dichas*. España: Editorial Gedisa. 127-142.
- Bóxer, J. 2006. "Globalización, diversidad y pluralismo". *Multiculturalismo: perspectivas y desafíos*. Gutiérrez, D. (Coord.). México: El Colegio de México/UNAM/Siglo XXI editores. 79-102.
- Castellanos, A. 2005. "Exclusión étnica en las ciudades del centro y sureste". *Urbí indiano. La larga marcha a la ciudad diversa*. Yanes, P.; Molina V.; González, O. (Coords.). México: UACM/Gobierno del D.F. 145-168.
- Cervantes, C. 2006. "Diversidad cultural y nociones relacionadas: un análisis conceptual". *Investigar la diversidad cultural. Teoría, conceptos y métodos de investigación para la educación y el desarrollo*. Mejía, R.; Rivera, H.; Frisancho, S. (Coords.). México: ITESO/Universidad Iberoamericana/Universidad de Colima. 15-43.
- Chambers, I. 1994. *Migración, cultura, identidad*. Argentina: Amorrortu editores.
- Esteinou, J. 1996. "La ciudad como proceso de comunicación". *Anuario CONEICC de Investigación de la Comunicación III*. México: Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación. 113-124.
- Garza, A.; Paz, M. 1986. "Las migraciones: testimonios de una historia viva". *Anuario del Instituto de Estudios Indígenas de la Universidad Autónoma de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Universidad Autónoma de Chiapas. 91-104.
- Garza, G. 1998. "Evolución del sistema de ciudades en México, 1960-1995. Se mantiene la gran tendencia Concentradora". *Revista Demos* 11: 23-25.
- Giménez, G. 1999. "Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural". *Revista Estudios sobre las culturas contemporáneas* 9: 25-57.

- Hall, S. 1997. *Representation. Cultural representations and signifying practices*. London: Open University.
- Harvey, D. 1979. *Urbanismo y desigualdad social*. México: Siglo XXI editores.
- Hernández Sampieri, R. et al. 2007. *Metodología de la investigación*. México: McGrawHill.
- Instituto Nacional de Migración (INM). 2007. *Inventario general de expedientes migratorios*. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.
- Jodelet, D.; Guerrero, A. 2000. *Develando la cultura. Estudios en representaciones sociales*. México: UNAM.
- Keith, M. 2005. *After the cosmopolitan? Multicultural cities and the future of racism*. New York: Routledge.
- Kymlicka, W. 1996. *Ciudadanía multicultural. Una teoría liberal de los derechos de las minorías*. Barcelona: Paidós.
- Lefebvre, H. 1978. *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Ediciones Península.
- Lucas, J. 2006. *Ciudad, participación, multiculturalidad: tras la estela de Frankfurt*. En línea, disponible en: http://www.hugozarate.ambitoner.com/foro_05 (visitado octubre de 2006).
- Martínez, M. 2001. "Justifica edil coletto desalajo de artesanos". *Agencia de noticias Cambio* (enero). En línea, disponible en: <http://www.angelfire.com/ab/cambio/100101.htm> (visitado junio de 2008).
- Miralles, A. 2001. "Comunicación para el desarrollo urbano". *Documentos* 3,1. En línea, disponible en: <http://www2.metodista.br/unesco/PCLA/revista9/documentos%209-1.htm> (visitado noviembre de 2006).
- Moliner, P. et al. 2004. *Las representaciones sociales. Práctica de los estudios de campo*. Francia: Presses Universitaires de Rennes.
- Moscovici, S. 2001. *Social Representations. Explorations in social psychology*. Great Britain: New York University Press.
- Narváez, A. 2006. *Ciudades difíciles. El futuro de la vida urbana frente a la globalización*. México: Universidad Autónoma de Nuevo León/Plaza y Valdés editores.
- Ortiz, R. 2004. "Estudios culturales, fronteras y trasposos". *Taquigrafiando lo social*. Argentina: Siglo XXI editores. 191-202.
- Palacios, A. 1998. "El proceso de urbanización y sus implicaciones". *Diario Expreso Chiapas* (noviembre). Chiapas.1.
- Palacios, A. 1999. "Urbanización y población en Chiapas: San Cristóbal de Las Casas". *Diario Expreso Chiapas* (enero). 1-2.
- Reygadas, R. 2006. "Cap. V: Las redes de OCPDs y sus iniciativas de paz". En línea, disponible en: <http://www.vinculando.org> (visitado noviembre de 2006).
- Ruiz, J. 2003. *Metodología de la investigación cualitativa*. España: Universidad de Deusto.
- Sabines, J. 1984. "II Breve relación de antecedentes de la rebelión indígena de 1712". *San Cristóbal y sus alrededores*. Tomo I. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Gobierno del Estado de Chiapas. 39-49.
- Thompson, J. 1990. "La metodología de la interpretación". *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*. México: UAM-Xochimilco. 395-473.
- Todorov, T. 2007. *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo XXI editores.
- Touraine, Al. 2006. "Las condiciones de la comunicación intercultural". *Multiculturalismo: perspectivas y desafíos*. México: El Colegio de México/UNAM/Siglo XXI editores. 275-303.
- Valenzuela, J. 1999. "Interculturalidad y estados nacionales". *Pensar las ciencias sociales hoy. Reflexiones desde la cultura*. Reguillo, R.; Fuentes, R. (Coords.). México: ITESO. 121-141.
- Vargas, G. 1992. "Ciudades medias michoacanas". *Revista Ciudades* 12: 31-39.
- Vela, F. 2004. "Un acto metodológico básico de la investigación social". *Observar, escuchar y comprender. Sobre la investigación cualitativa en la investigación social*. Tarrés, M. (Coord.). México: FLACSO/El Colegio de México/Porrúa. 63-95.
- Wacquant, L. 2007. *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Argentina: Siglo XXI editores.
- Wirth, L. [1938] 2005. *El urbanismo como modo de vida*. En línea, disponible en: www.bifurcaciones.cl (visitado noviembre de 2006).